



3145

194267

Apuntes sobre Bello

En 1908, simplemente mirando cómo desahucaban los volúmenes con las obras completas de Andrés Bello en la biblioteca de un amigo, tuve la idea de ponerme a seleccionar algunos textos del autor que, una vez editados y publicados en conjunto, pudieran revelar perfiles distintos para los días que vinieran se vivían.

El libro que recogió tales textos —dos artículos de prensa que Bello difundió en el periódico "El Arancano" en los años treinta y cuarenta del pasado siglo— fue publicado en 1979, y algunos de los títulos y contenidos de los trabajos seleccionados en esa ocasión quedaban hablando por sí solos: "Constituciones", en el que Bello propugna un ordenamiento constitucional que responda antes al "espíritu mismo de la sociedad" que a "las ideas, principios o intereses de un partido, de una fracción social"; "Observancia de la ley", en el que el autor llama la atención acerca de la necesidad de que la autoridad pública se someta en sus actuaciones al imperio del derecho, dedicando con similar energía su intención de hacerla cumplir y la de cumplirla ella misma; "Independencia del Poder Judicial", en el que el principio de separación de los poderes del Estado y la efectiva autonomía de éstos son presentados como una garantía para el empuje de la libertad civil en todas las partes civilizadas de la tierra; "Necesidad de fundar las autoridades", práctica judicial en la que Bello señala el deber indispensable de dar "cuenta entera de todo ejercicio del poder que la sociedad ha delegado en sus mandatarios"; "El hijo", artículo en el que se procura inducir en la sociedad chilena de la época un equilibrio entre "el interés de la producción y los gastos del consumo", alertando Bello —ya entonces— acerca de las consecuencias perniciosas que se siguen tanto de la predilección de quienes quieren producir la producción y el uso de todo artículo material como de la contraria, de quienes desearán aumentar, más allá de lo físico y económicamente aceptable, los gastos superfluos y las necesidades ficticias; "Educación", en el que proclama, simplemente, que en este campo "nada puede ser contrario al derecho de los gobiernos"; y, en fin, "Comercio de libros", en el que el autor recomendará —como el fuera hoy— no gravar con impuestos la importación y el comercio de libros.

No le valió a Bello, se trabaja, como salta a la vista, de una selección intencional, porque siempre una selección refleja, ante todo, las ideas y determinaciones del autor y otra elegida, pero también por las opciones que el compilador ofreció al lector de uno y otro, las de éste.

Admite que la lectura de la obra periodística de Bello y la consiguiente selección de algunos de sus artículos demandaron tiempo, dedicación, esfuerzo y paciencia, pero que el trabajo me procuró, además, algunos frutos muy preciados aquí a fines de la década de los setenta: comenzó, aliento y respeto. Por añadidura, esa tarea obligó a acercarse a la obra biográfica de Bello —fue durante de la imagen marcadísima que nos sugieren sus serenos retratos— y reconocer, por ejemplo, hechos tan llamativos como los siguientes:



Bello hizo estudios de Derecho y de Medicina, aunque no se recibió de médico ni de abogado, diplomándose, en el, de bachiller en la Universidad de San Felipe, en la Facultad de Sagrados Cánones y Leyes, el 17 de noviembre de 1836, pero sin alcanzar posteriormente un título profesional.

Que Bello hizo estudios de Derecho y de Medicina, aunque no se recibió de médico ni de abogado, diplomándose, en el, de bachiller en la Universidad de San Felipe, en la Facultad de Sagrados Cánones y Leyes, el 17 de noviembre de 1836, pero sin alcanzar posteriormente un título profesional.

Que durante sus licenciaturas Bello fue preceptor de Simón Bolívar, a quien repetía sus lecciones e instruyó en diversas asignaturas, y con el que, al parecer, nunca se entendié el todo bien.

Que uno de los sucesos pasionales de Bello en la circumspecta época de su juventud en Venezuela haya sido tal vez —en su

Siempre nos ha parecido que el discurso pronunciado por Bello en la instalación de esa universidad es, sin duda, una de sus intervenciones más felices no sólo por su serenidad, sino también por su energía.

lusas palabras de Alonso— "abandonar la ciudad e irse por el campo, a lo largo del Guaira, que con sus afluentes de nuevo nombre, el Abasco, el Caturo, entraba por entre las montañas a través de la zona y parecía invitar hacia la campiña, pasando una y otra vez bajo un centenar de puentes".

Que en los tiempos posteriores de Bello en Londres —magistrado narrado por Joaquín Edwards Bello en "El Buscón de piedra"— se le puede imaginar sentado en la "variedad pasional" de esa capital, cavilando seguramente cómo sobrevivir, desahogado y satisfecho por su ventura, mientras camina quieto sin rumbo fijo por calles y mercados,

creyendo estrechar en medio de la avalancha de ruidos el tálamo ruinoso y melancólico de los campanas de la Torre de San Marcos, el barrio conque en que su madre, vestida en el hábito de membrillero y naranjero, aguarda la moneda de oro que el hijo, escrupuloso y puntual, le remeta periódicamente desde Inglaterra.

Que para combatir la pobreza Bello se ocupó en Londres, entre otras cosas, de desdiferir las manuscritos de Bradham, el maestro de la escuela vitoriana inglesa, por eludir el personal de James Mill, padre de John Stuart Mill —a la sazón un niño de apenas ocho años, pero que evocaba el griego y el latino—, y que más tarde, en 1838, editó en, seis años antes de la muerte de Bello en Chile, publicaría en desolante obra "Sobre la libertad", un libro que Bello probablemente no alcanzó a conocer, aunque no pueda ni debe pasarse por alto cierta evidente afinidad que muestra la vida del jurista con el postulado de Mill acerca de la importancia que tiene, tanto para el individuo como para la sociedad, "el dar máxima libertad a la naturaleza humana para expresarse en innumerables y opuestas direcciones".

Que, ya en Chile, Bello no escatimó nunca una buena comida crujida, gustando de volver largo a su dormitorio para tener un baño en soledad, sin más compañía que su gato, un hermoso gato romano, no muy grande, entre blanco y plomo, sin que pueda decirse tampoco que junto con España y otros buenos amigos haya disfrutado ocasionalmente, en el lugar llamado "La Hermita" o "Pekelstein", de algunas compañías menos convencionales.

Que habido e incluso por las penas y los recuerdos de su hijo menor, Andrés Bello, ya viejo, se levantaba a veces en las largas noches invernales para recorrer su casa de Santiago ocasiones en las que, "cuál benéfico en oración, recitaba en voz alta los salmos de David y evocaba el nombre de los

seres queridos que desaparecieron", recordando, seguramente, el episodio del Críto de Caracas: "Andrés Bello, albe —cuerpo de Joaquín Edwards Bello—. Fue encontrado por su madre, una tarde, desvanecido sobre los ladrillos de su dormitorio, rígido y blanco. Tardaron en hacerle volver en sí solamente a su madre —cuerpo de Bello— lo que había ocurrido. "El Críto del gran Crisóstomo se agitó y me habló. La voz estruendosa me anunció gloria y honores. En seguida, más grave: pasará con la muerte de los que engendré".

Que gloria y honores le dispensó, sin duda, su permanencia en Chile, donde escribe, enseña, traduce, potencia, dirige un periódico, redacta proyectos de ley, ajusta el primer tratado con Estados Unidos, hace salir su voz desde el Senado, entrega un Código Civil, influye en una Constitución, formula una gramática y, a ratos perdidos, escribe versos que el poder deja inéditos y prísticamente enterrados en la montaña de papeles de su escritorio.

Y que, por último, Bello instala y en cierto modo forma la hoy desaparecida Universidad de Chile, de la que, al cabo del tiempo y otras cosas, se desprenderá más de una decena de otras instituciones de educación superior a lo largo del país.

Siempre nos ha parecido que el discurso pronunciado por Bello en la instalación de esa universidad es, sin duda, uno de sus intervenciones más felices no sólo por su serenidad, sino también por su energía: no tanto por la defensa de los títulos sociales que otorga el cultivo de las ciencias, artes y letras cuanto por la íntima ponderación que se hace de éstas como fuentes de consuelo y recompensas para el hombre individual; no porque describa ciertamente con exactitud el contenido y finalidad de los diversos estudios que la Universidad cubre en sus aulas, sino más que eso, porque entiende que el "la docilidad servil" ni "la desvergüenza heroica", sino la libertad, como contrapunto a ambos, constituye "el tema de la universidad su todos sus diferentes secciones".

Toda la aljaba que se debe imaginar de la obra retórica fúnebre, esa pira funeraria de Bello constituyó —tal vez hoy— una lúcida defensa, a la vez intrínseca y de apoyo, del libre cultivo y desarrollo del saber. Se opuso así Bello, a su modo tal personal —permeable y sin avaricia la voz—, a los "espíritus aristocráticos que miran el trabajo científico y literario como fuente de peligros políticos y morales" y que "no querían que la razón desplegara jamás las alas", contrabando el valor que su autor sabía dar al trabajo intelectual, a la libertad de pensamiento y al derecho de todo ser humano para llevar a cabo un examen de la realidad impío de prejuicios e intereses.

Tal vez por lo anterior nuestra antología de 1979 cerró precisamente con este discurso de Bello, que revive hoy, después de siglo y medio, para continuar ostentando una tarea que entonces parecía imposible y que hoy es solamente difícil y por momentos mal comprendida: levantar la universidad.

Agustín Squella

Apuntes sobre Bello [artículo] Agustín Squella.

Libros y documentos

AUTORÍA

Squella, Agustín, 1944-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Apuntes sobre Bello [artículo] Agustín Squella. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile